

El recuerdo histórico y la construcción de significados políticos. El monumento al emperador Guillermo en la montaña de Kyffhäuser

JOHANNES STRÄTER

A mediados de junio de 1996, cualquier turista que visitase la montaña de Kyffhäuser en Turingia podía presenciar un sorprendente espectáculo: varios miles de personas, entre ellos algunos portadores de banderas uniformados y condecorados de la asociación tradicional militar «Kyffhäuserbund» (Liga de Kyffhäuser), llenaban, junto con algunos curiosos, el entorno del monumento nacional, de 81 metros de altura, erigido allí en lo alto de la montaña en honor del emperador Guillermo. Con saludos castrenses y música de marcha militar celebraban el centenario de «su» monumento de un modo patriótico y soldadesco, sólo unos días antes de que representantes de la política, la cultura y las ciencias llegaran allí para participar en ceremonias estatales políticamente correctas. En Turingia, provincia situada en el corazón de Alemania y alejada de las autopistas y las grandes construcciones arquitectónicas de Berlín, desembarcó durante algunos días la publicidad mediática con todos sus equipos televisivos y reporteros fotográficos. Había llegado el momento de realizar ese «brindis por la nación alemana»¹ que no había podido tener lugar desde la inauguración del monumento en el año 1896. En el veinticinco aniversario, en 1921, se sufría aquí abiertamente bajo el Tratado de Paz de Versalles; en el cincuenta aniversario, en 1946, se quería más bien hacer volar el monumento; y, en el setenta y cinco aniversario, en el transcurso del año 1971, los órganos administrativos de la República Democrática Alemana (RDA)² habían hecho todo lo posible para impedir cualquier ritual de celebración nacional en este antaño espacio de culto de la Gran Alemania. Ahora

¹ Bedürftig, F., «Schwaden um die allerhöchste Nase», *Süddeutsche Zeitung*, 29 de junio de 1996, pág. II.

² El monumento de Kyffhäuser se encontraba desde 1949 en territorio del Estado socialista de la RDA.

se intentaba de nuevo colocar el monumento en un contexto europeo de experiencias de Estado nacional.

Evidentemente, en virtud de su mensaje de unidad nacional, el monumento de Kyffhäuser provocaba invariablemente, en diferentes épocas de la historia alemana, nuevos repartos de contenido, articulados ejemplarmente en las fechas de su aniversario. Como es el caso de las banderas o del himno nacionales, el monumento figura así en un contexto de creación nacional simbólica. Con su ejemplo se pueden mostrar procesos de construcción nacional en el marco de diferentes condiciones histórico-políticas.

El monumento de Kyffhäuser extrae su fuerza simbólica de la conexión de la «leyenda medieval de Barbarroja», que promete el restablecimiento de la unidad perdida del Imperio, con la fundación del Imperio Alemán en 1871. Tras la creación del Imperio guillermino, esta leyenda sirvió de mito propagandístico fundacional, por el cual Guillermo I se transfiguraba en «Barbablanca», cumplidor de la legendaria promesa de salvación. Cuando éste murió en 1888, el monumento fue erigido allí como lugar del recuerdo de la esperanza de un Imperio alemán eterno vinculada a este monarca.

Particularmente después de la partición de Alemania en dos Estados políticamente heterogéneos en el año 1949, el interés en el monumento habría tenido que ser grande, dado su mensaje de unidad nacional. Pero su ubicación en la RDA y su conexión con ideales opuestos a la definición histórico-política de este Estado lo impidieron. Sin embargo, en línea con una creciente necesidad de actuar a causa de la elevada y continuada afluencia de visitantes a la montaña de Kyffhäuser, a finales del año 1960 tuvo lugar la integración del monumento en una suerte de «parque histórico-rememorativo», en el que los potenciales semánticos de este lugar cargado de historia fueron utilizados políticamente. Pero la pregunta que surge aquí de cómo un monumento monárquico podía ser utilizado por un Estado socialista buscando una orientación histórica propia, conecta directamente con una segunda pregunta en torno al problema sobre la relevancia que cobra un monumento en el marco de procesos de creación de significado en general.

MONUMENTOS HISTÓRICOS COMO MATERIA DE INVESTIGACIÓN

Como integrantes esenciales del mundo simbólico de los procesos de recuerdo colectivos, los monumentos históricos del tiempo de los movimientos nacionales europeos han suscitado una atenta consideración desde hace algunos años en los discursos de investigación de las ciencias históricas. Después de que, ya a finales de los años 60, Thomas Nipperdey acometiera en Alemania un primer ensayo para realizar una tipología de tales

monumentos de acuerdo con nacionalismos específicos alemanes, y de que, en los años ochenta, se emprendieran vastos esfuerzos de inventarización, así como diferentes análisis detallados, tras el final de la Guerra Fría y de la reunificación alemana de 1990 irrumpió una auténtica avalancha de publicaciones que se ha mantenido hasta el día de hoy³. Acompañadas por el debate en torno a la construcción de un monumento central del Holocausto en Berlín, estas publicaciones, además de encontrar en el discurso entre científicos un público interesado, reflejan en conjunto la búsqueda actual de sendas de la memoria y el recuerdo del complejo pasado del siglo xx. Los grandes monumentos nacionales del siglo xix aparecen a menudo en estas discusiones como vestigios de un mundo olvidado⁴. Estos monumentos no sólo exigen una discusión a causa de su presencia continuada en el espacio público y de su, en la mayoría de los casos y de acuerdo con concepciones actuales, extraño aspecto estético, sino que también es inmanente a su funcionalidad simbólica que estén sujetos a un permanente proceso de asignación de significados cambiantes y nuevos. Es decir, sin la práctica social del recuerdo histórico, con la que se interpreta y se atribuye significado histórico a estos monumentos, permanecerían vacíos de contenido y sin ningún tipo de función⁵. Como signos del recuerdo, ellos penetran desde el pasado en una actualidad que tiene que descifrar activamente estos monumentos

³ Nipperdey, T., «Nationalidee und Nationaldenkmal in Deutschland im 19. Jahrhundert», en *Historische Zeitschrift*, 206 (1968), págs. 529-585. Por citar sólo algunas importantes investigaciones en los años posteriores, véanse Mai, E / Watzold, S., *Kunstverwaltung, Bau- und Denkmalpolitik im Kaiserreich*, Berlín, 1981; Scharf, H., *Kleine Kunstgeschichte des deutschen Denkmals*, Darmstadt, 1984; Lipp, W., *Natur-Geschichte-Denkmal. Zur Entstehung des Denkmalsbewusstseins der bürgerlichen Gessellschaft*, Frankfurt, 1987; Mai, E. / Schirmer, G., *Denkmal-Zeichen Monument. Skulptur und öffentlicher Raum heute*, München, 1989; Lipp, W. (ed.), *Denkmal, Werte, Gesellschaft. Zur Pluralität der Denkmalsbegriffs*, Frankfurt A. M., 1993; Kosellek, R / Jeismann, M., *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne*, München, 1994; Schmoll, F., *Verewigte Nation. Studien zur Erinnerungskultur von Reich und Einzelstaat im württembergischen Denkmalkult des 19. Jahrhunderts*, Stuttgart, 1995; Alings, R., *Monument und Nation. das Bild vom Nationalstaat im Medium Denkmal — zum Verhältnis von Nation und Staat im Deutschen Kaiserreich 1871-1918*, Berlín / Nueva York, 1996; Speitkamp, W. (ed.), *Denkmalsturz. Zur Konfliktgeschichte politischer Symbolik*, Göttingen, 1997.

⁴ Junto a los ya mencionados monumentos al emperador Guillermo, se cuentan en Alemania, por ejemplo, el «Walhalla» en Donaustauf (1821-1842), la «Befreiungshalle» (Sala de la Liberación) en Kehlheim (1836-1863), el monumento de «Hermann» en Detmold (1836-1875), el monumento de «Niederwald» en Rüdeshheim (1871-1883) y el «Völkerschlachtdenkmal» (monumento de la Batalla de las Naciones) en Leipzig (1896-1913).

⁵ Sobre el concepto utilizado aquí de «memoria histórica», véase un poco más adelante.

y así reapropiarse de su significado continuamente. De ahí que el argumento proyectado por sus constructores y concentrado plásticamente en su forma exterior no hable por sí mismo, sino únicamente a través de las voces de aquellas personas que han conversado en torno al monumento. Ahora bien, la identidad de éstas se modifica en el transcurso del tiempo tanto como sus representaciones de Estado, nación o pueblo, de forma que —frente a la intención del constructor de fijar con el monumento un determinado mensaje de forma duradera— ellas se inventan casi continuamente «nuevos» monumentos. Naturalmente, este proceso sólo puede tener lugar dentro de ciertos límites, puesto que, en particular los monumentos nacionales, en virtud de su tamaño, de su lugar de exposición y de su programa iconográfico, muestran, si quiera sólo por su apariencia, una tendencia a la univocidad. Sin embargo, dentro del sistema de signos político-cultural actual en cada momento, una sociedad relativiza la importancia y el significado de estos elementos particulares. A esto ha de añadirse que la misma materialidad de la construcción arquitectónica, así como también el aura del lugar de exposición, están expuestos a cambios por acontecimientos imprevistos o influencias intencionales; cambios que se posan en subsiguientes recepciones e interpretaciones. En realidad, para hacer justicia a estas condiciones contextuales en la investigación de un monumento, se necesita un análisis histórico de múltiples estratos. No basta, por tanto, con clasificar el programa arquitectónico e iconográfico dentro de las categorías de la historia del arte, puesto que aquí se presume que la relación entre contenido y forma contiene un sentido objetivo específico para cada época. Como cualquier arte, los hombres interpretan también la arquitectura, tanto sincrónica como diacrónicamente, de manera completamente diferente, de modo que, en todo caso, cabe intentar situar el propósito de los constructores y así determinar su posición histórica. Por consiguiente, las interpretaciones histórico-artísticas sólo pueden aportar ciertos puntos de apoyo para estudiar a qué tradiciones se remiten los artistas de la construcción, así como qué tipo de connotaciones quieren plasmar con una determinada forma. Los, ya durante el período de construcción del monumento, diferentes intentos de interpretación por parte de la crítica artística, y las permanentes discusiones entre artistas y patrocinadores muestran, en efecto, la contingencia y ambigüedad de tales propósitos de conformación en la práctica.

Parece, por tanto, mucho más prometedor ocuparse detalladamente de las cambiantes imágenes históricas que se han transmitido y se transmiten a través del monumento. Ellas se originan en un proceso comunicativo entre los miembros de esos grupos, para los que el monumento es el lugar en el que ellos celebran su identidad histórica y política mediante sus recuerdos históricos.



«El muro contra la marea roja», cartel de propaganda de la asociación Kyffhäuser para las elecciones al Reichstag de 1907 (Fuente: archivo del monumento Kyffhäuser)

«CULTURA DEL RECUERDO» Y «LUGAR DE RECUERDO»

El concepto «recuerdo histórico» se toma de un conjunto de teorías, intensamente discutido en los últimos años, cuyas diferentes líneas de investigación se dejan subsumir bajo el concepto «cultura del recuerdo», y que irrumpen de manera creciente en los debates principales en torno a la cuestión del significado social y la definición de historia en general⁶. De tal modo que hoy el concepto de «historia» está siendo desplazado de modo creciente por el de «memoria», y el de «conocimiento» de verdades objetivas por el de «construcción» de pautas de orientación ligadas al presente⁷. Las preguntas por la experiencia y la percepción, la narración y la plasmación en escritos, la suposición y la refutación, la pertenencia y la extrañeza, así como espacio y tiempo, aluden a procesos de recuerdo individuales y colectivos como rasgos privilegiados de la construcción de la realidad social. A partir de las teorías sociológicas del conocimiento de los años veinte, el concepto de «memoria» aparece en este contexto como almacén de saber, mientras el de «recuerdo», por el contrario, se define como el proceso de selección correspondiente que describe algo actual, individual, esto es, una «acción concreta en el espacio y en el tiempo por parte de un sujeto»⁸. Esta distinción es fundamental para la comprensión de la cultura del recuerdo, puesto que, de esta manera, quedan definidos sus objetivos de investigación.

Para poder recordar, los hombres utilizan instrumentos, «soportes materiales— objetivos»⁹, señales que apoyan el recuerdo en diversas formas: desde signos escritos hasta monumentos. En ellos se objetiva el recuerdo y se encuentran, al mismo tiempo, puntos

⁶ Una buena panorámica general la ofrece Olick, J. K., «Social Memory Studies. From "Collective Memory" to the Historical Sociology of Mnemonic Practices», en *Annual Review of Sociology*, 24 (1998), págs. 105-140. Sobre la discusión alemana del problema, véase Platt, K. / Dabag, M. (ed.), *Generation und Gedächtnis. Erinnerungen und kollektive Identitäten*, Opladen, 1995.

⁷ Véase Niethammer, L., «Die postmoderne Herausforderung. Geschichte als Gedächtnis in Zeitalter der Wissenschaft», en *Geschichtsdiskurs, Vol. I, Grundlagen und Methoden der Historiographiegeschichte*, Frankfurt a. M., 1993, págs. 31-49.

⁸ Halbwegs, M., *Das kollektive Gedächtnis*, Frankfurt a. M., 1985 (original en francés: *La mémoire collective*, París, 1950); *Idem: Das Gedächtnis und seine sozialen Bedingungen*, Frankfurt a. M., 1985 (original francés: *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, 1925); Asmann, A., «Gedächtnis, Erinnerung», en Fröhlich, K. y otros (eds.), *Handbuch der Geschichtsdidaktik*, 5, Düsseldorf, 1997, págs. 33-37, para lo aquí expuesto, pág. 33. Véase también *Idem: «Funktion-gedächtnis und Speichergedächtnis-Zwei Mode der Erinnerung»*, en Platt/Dabag (como la nota 6), págs. 169-185.

⁹ Asmann, 1997 (como nota 8), pág. 33.

de referencia para posteriores construcciones y reconstrucciones rememorativas. A diferencia de la técnica de memorización, que, en tanto «arte de la memoria», no significa nada más que poder acordarse de algo, «recordar» —y en virtud del carácter selectivo del recuerdo, también «olvidar»— figura como una «necesidad antropológica básica», indispensable para la formación de una identidad propia, que se autoconviene de sí misma por medio de una narración de su desarrollo existencial¹⁰. Esta diferencia se manifiesta en el hecho de que, mientras temas relacionados con la memoria acumulativa, como, por ejemplo, la tabla de multiplicar, no conservan ninguna dimensión temporal, el recuerdo, en cambio, se refiere a un pasado que, por medio de una narración, es llevado a una relación con el presente.

Cuando un recuerdo semejante, abandonando el marco de la propia biografía, «se remonta al pasado e interpreta así la situación vital presente de tal modo que consigue también una perspectiva de futuro que trasciende el propio tiempo vital», se puede hablar de recuerdo «histórico»¹¹. Éste esboza un «tiempo histórico» propio en el que todos los procesos y acontecimientos históricos se vinculan con sentido unos a otros: como reconstrucción del pasado, orientación del presente y perspectiva de futuro¹². En tanto que producto colectivo de los grupos sociales, los recuerdos históricos forman, en conjunto, el inventario de una «memoria cultural» y, con ello, el marco de referencia en el que una sociedad reconstruye su(s) historia(s)¹³. Un grupo que apela a sus recuerdos históricos comunes se convierte por este motivo en una «comunidad de recuerdo». En atención a sus rasgos distintivos, los tipos de recuerdo histórico y biográfico se diferencian únicamente por su dilatación temporal y, ocasionalmente, personal. Esta diferencia es, sin embargo, fundamental para la investigación del recuerdo en el marco de las reflexiones historiográficas, puesto que a través de la dilatación temporal se altera su perspectividad, cambiando del espacio temporal del tiempo biográfico al del tiempo histórico.

¹⁰ Véase Nietzsche, F., «Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben» (1874), en Hardtwig, W. (ed.), *Über das Studium der Geschichte*, Múnich, 1990, págs. 154-181.

¹¹ Rüsen, J., «Was ist Geschichtskultur? Überlegungen zu einer neuen Art, über Geschichte nachzudenken», en *Idem* (y otros): *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, Colonia, 1994, págs. 3, 26, para lo aquí expuesto, pág. 27.

¹² Kosellek, R., *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt a. M., 1979 (hay traducción castellana a cargo de Norberto Smilg: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993).

¹³ Véase Assmann, J., *Das kulturelle Gedächtnis, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, 2, Múnich, 1997.

De manera semejante a como la memoria personal utiliza señales, también la memoria cultural se vincula a determinados puntos de sujeción que, en tanto puntos de cristalización de experiencia colectiva pasada, pueden proporcionar sentido en el presente¹⁴. Pero, para ello, tienen que integrarse en los discursos de recuerdo de los respectivos ciudadanos mediante las prácticas sociales, lo que en los monumentos sucede a través de formas de recepción ocasionales y rituales, como, por ejemplo, en las celebraciones con motivo de aniversarios. El recuerdo histórico que llega a articularse en tales ocasiones se traduce en imágenes históricas que, si bien, por un lado, pueden quedar anuladas por experiencias y nuevas imágenes ulteriores, por otro lado, comparten la responsabilidad de que estas nuevas imágenes históricas llegaran a originarse. De este modo, existe, por citar un ejemplo, una conexión histórica real entre la interpretación militar original del monumento de Kyffhäuser, mantenida por las asociaciones de combatientes guillerminas, y la interpretación antimilitarista del mismo monumento, realizada por la historiografía de la RDA. Al querer destacarse los representantes de esta última, en virtud de sus experiencias, de los primeros, tenían también que acomodar el monumento de acuerdo con sus propias necesidades de orientación con la ayuda de un nuevo discurso conmemorativo, y así reinterpretarlo. Dentro de estos procesos del recuerdo el monumento aparece como una señal —es, por así decirlo, el escenario sobre el que el recuerdo histórico se escenifica continuamente. El tiempo histórico así construido, en el que los respectivos actores localizan su propia posición histórica, permite, de un lado, profundas conclusiones sobre las mentalidades sociales y políticas de una época determinada, puesto que aquí se ven claras las contemporáneas perspectivas de futuro y necesidades de orientación. De otro lado, a través del contraste de culturas del recuerdo temporalmente diferentes, pueden concretarse los procesos de transformación y la interdependencia de las antiguas y nuevas imágenes de la Historia. Para ello es menester un análisis comparativo que reproduzca el proceso de construcción del lugar de recuerdo que se desarrolla siempre nuevamente. A continuación se expondrá esto esquemáticamente a propósito del monumento de Kyffhäuser. Para ello se compararán las intenciones originarias de los constructores del monumento con los intentos llevados a cabo por la Administración de la RDA a finales de los años sesenta con el fin de adaptar el monumento a un modelo que correspondiera a su propia definición política¹⁵.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Como base documental de la siguiente exposición sirvió el siguiente material de archivo, «Landesamt für Denkmalpflege Halle» (Sachsen-Anhalt), Bestand

EL MONUMENTO DE KYFFHÄUSER

El monumento constituye un inmenso resto de un tiempo en el que, en Alemania, el nacionalismo se convirtió en ideología rectora, y la identidad política de muchos contemporáneos estaba marcada por la idea de unidad del joven Imperio. Con el fin de fortalecer también en el futuro dicha ideología, se produjeron después de la muerte del fundador del Imperio, Guillermo I, en el año 1888, numerosas iniciativas para erigir monumentos en honor del emperador y la idea del Imperio vinculada a él. En la mayoría de los casos, estas iniciativas no eran el resultado de un cultivo del patriotismo por parte del Estado, sino que procedían de personas privadas, asociaciones o agrupaciones patrióticas que buscaban financiar sus proyectos de monumentos con donaciones, préstamos o loterías. De este modo surgieron en el Imperio Alemán, hasta el cambio de siglo, alrededor de 300 a 400 «monumentos al emperador Guillermo», de los cuales sólo algunos pocos alcanzaron algún valor suprarregional como monumentos nacionales¹⁶.

Entre ellos, uno de los más grandes y de más poderosa influencia, es el monumento al emperador Guillermo sobre «Kyffhäuser», una loma de 300 metros sita al sur del macizo del Harz, que, en razón de su historia, se vincula simbólicamente desde la Edad Media con el Imperio Alemán. El factor vinculante decisivo es, junto con distintos castillos en ruinas del Medievo, la leyenda escatológica surgida en el siglo XIII sobre el esperado retorno del emperador de la dinastía Hohenstaufen Federico I, «Barbarroja», que pereció ahogado en 1190, y quien, según la leyenda, esperará durmiendo en la montaña de Kyffhäuser hasta el momento en el que su antiguo Imperio pueda ser refundado¹⁷.

Kyffhäuser-Denkmal; «Landesarchiv Merserburg» (Sachsen-Anhalt), Bestand SED-Kreisleitung Artern, Bestand SED-Berzirksleitung Halle; «Denkmalverwaltung auf dem Kyffhäuser», Manuskript zu Führungen durch das Kaiser-Wilhelm-Denkmal und der Reichsburg Kyffhausen (1970). Además de esto, se analizaron guías de turismo, diarios, revistas especializadas, guías del monumento y textos específicos de ambos periodos de investigación, que no pueden indicarse aquí más detalladamente.

¹⁶ Junto al «monumento de Kyffhäuser» (comienzo del plan: 1888; inauguración: 1896), por ejemplo, los monumentos del «Deutschen-Eck» en Koblenz (1888-1897) y de «Porta Westfalica», en Minden (1888-1896). Los tres monumentos fueron proyectos del arquitecto Bruno Schmitz, quien también construyó el monumento más conocido internacionalmente del «Völkerschlacht» (La batalla de las naciones) en Leipzig. Véase Mai (1981), nota 3.

¹⁷ La leyenda apareció por primera vez poco después de la muerte del emperador Staufer Federico II, incorporándose a las leyendas parecidas de Carlos el Grande, Otto I y del caballero Tannhäuser. Su núcleo se limita a narrar la espe-

Después del final oficial del «Sacro Imperio Romano Germánico» (1806) a raíz de las guerras napoleónicas, esta «leyenda de Barbarroja» fue extensamente difundida en el marco del creciente movimiento nacional alemán, y el antiguo emperador fue elevado a la categoría de símbolo nacional de la aspiración a la unidad por parte de los románticos entusiastas de la Edad Media —los denominados «gibelinos»¹⁸. En 1871 la leyenda alcanzó su punto álgido en lo que se refiere a su influencia histórica: durante las celebraciones de la fundación del Imperio, Guillermo I fue estilizado en innumerables piezas teatrales y representaciones populares como «Barbablanca», el heredero del emperador Hohenstaufen «Barbarroja», siendo proclamado como el cumplidor de esta leyenda escatológica a través del supuesto restablecimiento del resplandor nacional de la Edad Media¹⁹. Así vista, «la cultura alemana aparecía como una obra de arte total»²⁰: seiscientos años de pasado fueron entregados al olvido, entendidos como tiempo de disputa fraterna, de desacuerdo y desgarramiento —todos los acontecimientos o esfuerzos que no se acomodaban a este esquema de desarrollo se consideraron errores. La leyenda de «Barbarroja» y la montaña de Kyffhäuser adquirirían ahora la cualidad de punto de cristalización del movimiento monárquico del Imperio, el cual lo elevó a símbolo de la unidad

ranza histórica de redención a través del retorno del emperador expulsado por el Papa, para lograr la fundación de un Imperio cristiano en paz, teniendo que permanecer escondido en una montaña hasta la fecha de la redención. A raíz de esta leyenda, en siglos posteriores aparecieron continuamente los llamados «falsos Federicos», quienes se hacían pasar por el emperador que había regresado, y que, en parte, tuvieron un éxito considerable. La localización de la leyenda en la montaña de Kyffhäuser se relaciona, por un lado, con la separación de la provincia en el siglo xv y, por tanto, con el consiguiente anhelo de unidad y de paz del pueblo. Por otro lado, también contribuyó a ello su carácter anticlerical, en el contexto del movimiento herético fuertemente representado en Turingia. No antes de 1519 fue transferida la leyenda al en tierras alemanas más conocido Federico I «Barbarroja», quien, en adelante, encarnó con su nombre una figura maleable e ideal de emperador, en la que llegan a fundirse acontecimientos reales de las vidas de ambos emperadores con historias inventadas. Véase para esto, en general, Borst, A., «Barbarossa Erwachen-Zur Geschichte der deutsche Identität», en Marquardt, O./Stierle, K., *Identität. Poetik und Hermeneutik*, VIII, Múnich, 1979, págs. 17-60.

¹⁸ El apelativo «gibelino» es, desde comienzos del siglo XIII, un sinónimo de la estirpe de los Staufer. Véase a este respecto, Diez, G., *Das Bild Friedrich Barbarossas in der Hohenstaufendichtung des 19. Jahrhunderts*, Tesis Doctoral, Friburgo, 1943; Arendt, D., «Barbarossa und der Kyffhäuser oder Der literarische Traum vom "geheimen Deutschland"», en *Damals*, 14 (1982), págs. 554-573 y págs. 646-668; Young-Suck Koh., *Die Staufer-Rezeption in der Historiographie und Dichtung der Restaurationzeit (1815-1848)*, Tesis Doctoral, Constanza, 1979.

¹⁹ Ejemplos cabe encontrar en, Sauer, K. / Werth, G., *Lorbeer und Palme. Patriotismus in deutschen Festspielen*, Múnich, 1971, Baumunk, B. (y otros), *Keine Ruhe im Kyffhäuser. Das Nachleben der Staufer*, Stuttgart, 1978.

²⁰ Borst (Véase nota 17), pág. 45.

alemana por antonomasia como lugar del recuerdo de la fundación del Imperio de 1871 y de la esperanza ligada a ella de un Imperio Alemán eterno.

En su programa iconográfico, el monumento de Kyffhäuser, poco más tarde erigido por asociaciones alemanas de combatientes, sigue exactamente este esquema tipológico de «Barbarroja»-«Barbablanca»: el conjunto de la edificación monumental en forma de terraza se erigió sobre las ruinas del «castillo imperial Kyffhäuser» de la Edad Media, construyendo encima de grandes partes de la instalación del castillo o utilizándolas como material de cantera. Únicamente se conservó una vieja torre del castillo, que ahora quedaba a la sombra de la nueva torre del monumento. La parte inferior del monumento simboliza el castillo subterráneo de «Barbarroja», que soporta la torre del monumento de 80 metros de altura, la cual debe representar al nuevo Imperio. Fundido en bronce, Guillermo I cabalga saliendo de la torre en dirección al este, hacia el sol naciente —al encuentro del futuro. Está acompañado, además, por una pareja de figuras alegóricas: a su izquierda se arrodilla la Historia, que coloca a los pies del emperador una corona de la victoria; a su derecha se sienta un germano belicoso como símbolo de la capacidad de defensa del Imperio. Debajo de él despierta de su sueño el emperador Hohenstaufen «Barbarroja», testimoniando así el cumplimiento de la leyenda a través del emperador Hohenzoller «Barbablanca»²¹.

LOS CONSTRUCTORES DEL MONUMENTO

La iniciativa para la construcción del monumento partió de la asociación prusiana «Deutscher Kriegerbund» (Liga Alemana de Combatientes). Ésta representaba a finales del siglo XIX la mayor asociación de soldados alemanes, tanto veteranos como en activo, que se sentían vinculados a su General imperial más allá del servicio normal.

Después de que, alrededor de 1815, veteranos de guerra alemanes de las guerras de liberación napoleónicas se hubieran reunido por primera vez en asociaciones de enterramiento de militares, el llamado «Kriegervereinswesen» (asociacionismo de combatientes) llegó a adquirir, tras las guerras de unificación de 1864, 1866 y 1870-1871, el carácter de un movimiento popular general, que,

²¹ Para la interpretación del monumento de acuerdo con criterios histórico-artísticos, véase Arndt, M., «Das Kyffhäuser-Denkmal. Ein Beitrag zur Ikonographie des Zweiten Kaiserreichs», en *Wallraf-Ritchartz-Jahrbuch*, XL (1978), págs. 75-127.

hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, llegó a contar con casi tres millones de miembros²². Algunas de estas asociaciones eran independientes, pero otras crearon a su vez agrupaciones suprarregionales, entre ellas también el «Deutscher Kriegerbund» (Liga Alemana de Combatientes), constituida en Prusia, en 1872, por 40 asociaciones. La «Liga Alemana de Combatientes» vio en su iniciativa para la construcción del monumento de Kyffhäuser en 1888, además del mandato de recordar la unificación política del Imperio de 1871, también una excelente oportunidad para unir al nivel del Imperio las ligas de combatientes, hasta ahora organizadas federativamente, e instituir para ellas con el monumento un punto de encuentro ubicado en el centro del Imperio. De este modo, a partir de una comisión de asociaciones alemanas de combatientes, que se había creado en 1892 para administrar el monumento de Kyffhäuser, se constituyó a lo largo de los años 1899-1900, salvando las resistencias iniciales, el «Kyffhäuserbund der Deutschen Landkriegs-Verbände» (Liga de Kyffhäuser de las Federaciones Provinciales Alemanas de Combatientes), al que finalmente se incorporaron la mayoría de las asociaciones de combatientes.

La Liga de Kyffhäuser veía su tarea central en la salvaguardia de la memoria de las víctimas y de las gestas de los soldados alemanes, así como en el cultivo recíproco de la camaradería. Pero, sobre todo, encontraba su campo de acción en los ámbitos de la caridad —el llamado «Kriegerwohlfahrtswesen» (sistema de bienestar para los combatientes): seguros sociales y de enfermedad, hogares de reposo y de huérfanos, asistencia para la tercera edad, actividades deportivas de tiro y esgrima, así como también trabajo con los jóvenes, eran —todavía hoy lo son, por cierto— algunos de los puntos cardinales de la vida de la asociación²³. Miembro de esta asociación podía ser cualquiera que «hubiera servido en el

²² Sobre el «Kriegervereinswesen», en Alemania, véase Rohkrämer, T., *Der Militarismus der «kleinen Leute». Die Kriegervereine im Deutschen Kaiserreich 1871-1914*, Múnich, 1990, aquí, pág. 27.

²³ Véase el reglamento de la Liga Kyffhäuser, Wiesbaden. La Liga Kyffhäuser siguió existiendo durante la República de Weimar, cambió de nombre en 1939 pasando a denominarse «NS-Reichskriegerbund Kyffhäuser» (Liga Kyffhäuser de combatientes del Imperio nacionalsocialista), llegando a convertirse, de hecho, en una organización estatal. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Liga fue prohibida por las potencias vencedoras, aunque en 1952 volviera a fundarse de nuevo en la República Federal de Alemania (aunque sólo a partir de 1977 nuevamente con el nombre de «Liga de Kyffhäuser»). Tras la apertura de la frontera entre «las dos Alemanias» en 1989, se formaron rápidamente en territorio de la antigua RDA nuevas agrupaciones locales, y la montaña de Kyffhäuser es de nuevo utilizada como lugar central de manifestación para actos sociales de la Liga. En tiempos de la RDA se prohibió a la Liga de Kyffhäuser, sólo permitida en la Alemania Occidental, celebrar sus fiestas en el monumento.

ejército o la marina alemanes (...), hubiera prestado juramento de bandera», y que también estuviera dispuesto en su vida civil a reunir «fidelidad a su soberano, obediencia a la ley y respeto a la superioridad, el valor de poner en práctica como ciudadano estas convicciones, y, finalmente, espíritu de camaradería frente a los compañeros»²⁴. No podía ser miembro «quien pertenezca o apoye al partido socialdemócrata, o promueva sus propósitos a través de palabras o hechos»²⁵. En la socialdemocracia veía la Liga, de orientación monárquica conservadora, su único enemigo político, dado que aquélla no se movía dentro del marco de reglas de los partidos burgueses, sino que, básicamente, ponía en cuestión el edificio estatal del Imperio junto con su ordenamiento social: «Del mismo modo que a comienzos del siglo XIX (...) frente al conquistador extranjero, así han de permanecer, en el umbral del siglo XX, las asociaciones de combatientes en guardia frente al enemigo *interno*»²⁶. Hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la Liga de Kyffhäuser pudo defender abiertamente y sin problemas sus posiciones, las cuales proporcionaban un respaldo organizativo de masas nada desdeñable a la militarización de Alemania, y encontraban en el monumento de Kyffhäuser su símbolo distintivo (Ilustración I: «Contra la marea roja»). Sólo después del estallido de la guerra y de que, sorprendentemente, la postura socialdemócrata no ofreciera ninguna oposición frente a la movilización militar, la Liga de Kyffhäuser se abstuvo de lanzar más ataques contra los socialdemócratas, quienes ahora se encontraban en las trincheras junto a sus propios miembros²⁷.

LA ADMINISTRACIÓN DE LA RDA Y EL MONUMENTO

También después de la Primera Guerra Mundial, el monumento permaneció como lugar de celebración central en posesión de la Liga de Kyffhäuser. Sólo durante la Segunda Guerra Mundial perdió su función, dado que ya no era posible un aprovechamiento en el contexto de la situación bélica. En el año 1954 se convirtió, junto con la totalidad de la montaña, oficialmente en «propiedad

²⁴ Véase Westphal, A., *Das deutsche Kriegervereinswesen, seine Ziele und seine Bedeutung für den Staat*, Berlín, 1903.

²⁵ *Ibid.*, pág. 7. Esta parte del reglamento fue suspendida en mayo de 1915 y, tras la Primera Guerra Mundial, únicamente tuvo validez para miembros del Partido Comunista.

²⁶ *Ibid.*, pág. 8. Citado de las págs. 9-10 (subrayado en el original).

²⁷ Schulz-Luckau, K., *Soldatentum und Kameradschaft. Anderthalb Jahrhunderte Deutscher Reichskriegerbund*, Berlín, 1936.

popular» de la RDA y, en consecuencia, pasó a ser gestionado por los correspondientes órganos de gobierno dentro del distrito de Halle. Como cualquier unidad administrativa en el marco de la RDA, también este distrito era gobernado por las organizaciones del Partido Socialista Unitario Alemán (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, SED) y administrado por los órganos de representación popular elegidos localmente²⁸.

El interés de estas instituciones se cifraba en el cumplimiento del mandato político partidista, marcado por reivindicaciones de legitimación histórica. En virtud de las pretensiones de objetividad científica del «materialismo histórico», los análisis históricos de la evolución social determinaban el credo del «Estado-*Weltanschauung*» socialista de la RDA. Las interpretaciones históricas representaban, por consiguiente, una actividad de dirección política; de ahí que resulte necesario comprender la doctrina entonces vigente de la investigación histórica en la RDA²⁹.

Desde el comienzo de los años cincuenta hasta el final de los años sesenta, la elaboración de una imagen histórica nacional y socialista con la llamada «teoría de las dos líneas» como núcleo dogmático determinó las ciencias históricas de la RDA. Frente a la denominada «teoría de la miseria»³⁰, dominante en la inmediata posguerra, que describía el camino lineal equivocado de la historia alemana desde la Reforma al nacionalsocialismo, donde las denominadas fuerzas «de progreso» fracasaban continuamente ante las fuerzas «reaccionarias», desde el comienzo de los años cincuenta, se trabajó para «apartar del pueblo alemán su sentimiento de inferioridad política», mostrando los historiadores, que la historia alemana no era una miseria permanente, sino que dejaba entrever épocas brillantes (...)»³¹. A partir de ahí se formuló, a comienzos de los años sesenta, la «teoría de las dos líneas», en la que se asumía que, objetivamente, las fuerzas reaccionarias habían fracasado una y otra vez en el cumplimiento de las tareas de la nación, por lo que se hacía evidente «su ineptitud para condu-

²⁸ Desde la Constitución de 1968 quedó establecida la reivindicación hegemónica de dirección del SED para la RDA, entendida como «Estado Socialista de la Nación Alemana», y, más tarde, como «Estado Socialista de los Trabajadores y Campesinos». Véase Constitución de la RDA (1984), artículo primero.

²⁹ Véase Kuhrt, E./Löwis, H., *Griff nach der deutschen Geschichte. Erbaneignung und Traditionspflege in der D.D.R.*, Padeborn, 1988; Marx, K., *Kritik der politischen Ökonomie*, Prefacio a la edición de 1856, en *Marx-Engels-Werke* 13, Berlín (RDA), 1985, págs. 8 sigs.

³⁰ Véase Abusch, A., *Der Irrweg der Nation*, Berlín, 1946.

³¹ Ponencia de base del científico Leo Stern, vuelto del exilio en 1951; citado en Kopp, F., *Die Wendung zur «nationalen Geschichtsschreibung» in der Sowjetzone*, Múnich, 1954, pág. 18.

cirla»³². Frente a todo ello, la clase trabajadora —conducida por su partido— había mantenido hasta la actualidad «en todos los grandes envites históricos, una política que no sólo servía a los intereses de los trabajadores, sino a los de todo el pueblo»³³. De ello se deducía que la RDA era «el único Estado alemán legítimo en virtud de la regularidad histórica» y que, «en su régimen ostentan el poder aquellas fuerzas que fueron llamadas por la Historia para la conducción del pueblo alemán, y cuya política coincide con los intereses de la Nación»³⁴.

La «teoría de las dos líneas» abría a la ciencia histórica la posibilidad de poder investigar de forma completamente oficial, además de la historia de la clase trabajadora, la historia del «enemigo de clase», a fin de confrontarla con la propia historia —por supuesto, bajo las premisas «objetivas» más arriba descritas del materialismo histórico. De este modo, hasta el final de los años sesenta continuaron ampliándose los ámbitos de investigación. Igualmente aparecieron discusiones sobre el papel de una «conciencia histórica socialista». Partiendo de la idea de que «no existía ninguna conciencia social en ausencia del componente histórico», debía transmitirse «una imagen científica concreta, basada en un conocimiento factual firme y cerrada en sí misma, del desarrollo histórico del pueblo alemán, así como, en particular, de la lucha de la clase trabajadora»³⁵. Esta imagen se manifestaba en cuatro conocimientos fundamentales, que debían estar anclados en una conciencia histórica socialista y que tuvieron vigencia en la siguiente forma hasta finales de los años ochenta³⁶:

- el conocimiento de la objetividad de las leyes evolutivas del materialismo histórico;
- el conocimiento del triunfo del socialismo en la RDA como punto culminante de la historia alemana;
- el entendimiento de que la ideología socialista se apoya en las tradiciones «progresistas» de la historia alemana y tiene que desenmascarar las tradiciones «reaccionarias»;
- finalmente, el desarrollo de la convicción fundamental de

³² Véase «Nationales Dokument»: «Die geschichtliche Aufgabe der Deutschen demokratischen Republik und die Zukunft Deutschlands», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 10 (1962), págs. 758-786; para lo expuesto aquí, véase pág. 767.

³³ *Idem.*, pág. 768.

³⁴ *Idem.*, pág. 772.

³⁵ Schmid, W., «Über die Aufgaben der Geschichtswissenschaft bei der sozialistischen Bewusstseinsbildung», en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 17 (1969), págs. 52-61.

³⁶ Para la siguiente enumeración, véase Schmid (nota 35), págs. 57-60.

que la clase trabajadora y su partido cumplen una misión histórica que sirve a la humanidad en su conjunto.

Estas tendencias generales tuvieron en la práctica efectos notables en las actividades museísticas, los lugares de conmemoración y los monumentos. Así, por ejemplo, en 1969, se llevaron a cabo remodelaciones de gran alcance en el monumento de Kyffhäuser. En conjunto, el monumento permaneció inalterado en su forma iconográfica y arquitectónica original. Las únicas transformaciones de contenido que dejaron profundas huellas eran (y todavía son) las exposiciones museísticas en la sala del monumento, la cual se encontraba en el zócalo de su torre. Durante el período de construcción se había dejado vacía esta parte de la instalación.

La ausencia de una directiva clara permitió en los años subsiguientes a la construcción diferentes instalaciones que se correspondían con las respectivas imágenes históricas y que incardinaban así el monumento en el contexto contemporáneo de aquéllas. La RDA también aprovechó esta posibilidad. Entre los años 1968 y 1971, los organismos administrativos competentes proyectaron una exposición y colocaron un relieve de bronce, que resituaban históricamente la montaña de Kyffhäuser. Paralelamente, en un pequeño museo sobre la historia del castillo construido junto al monumento ya en los años treinta, se organizó una exposición, gracias a la cual la historia del antiguo castillo imperial sobre la montaña de Kyffhäuser cobró de nuevo mayor peso. Esta exposición seguía el camino de la historia alemana desde la perspectiva del movimiento socialista de acuerdo con los diferentes estadios evolutivos del materialismo histórico, e interpretaba de nuevo la leyenda de «Barbarroja». En este sentido, se intentó circunscribir una versión mixtificada de la leyenda de «Barbarroja», posterior a 1871, dirigida supuestamente a promover una «batahola chovinista de Kyffhäuser», al colectivo de las asociaciones de combatientes. De esta revisión mixtificada se intentó, asimismo, separar la anterior tradición centenaria de la leyenda, sobre la cual se basaba, con el fin de crear nuevos significados que sirvieran a los propios objetivos³⁷. Según esta nueva interpretación, el emperador de la leyenda habría sido desde la Edad Media un emperador «de la paz y del pueblo», en el que se habrían depositado las esperanzas de un pueblo oprimido por el poder feudal. Sólo tras la asimilación de la leyenda y de la figura del emperador como mito fundacional del Imperio prusiano-alemán, devinieron ambos en un

³⁷ Véase la nota 16, así como también Gloger, B., *Kaiser, Gott und Teufel. Friedrich II. von Hohenstaufen in Geschichte und Sage*, Berlín (RDA), 1970.

símbolo del imperialismo, y, por esta razón, en instrumento de las fuerzas «reaccionarias» en la historia alemana. De este modo, la historia del antiguo castillo construido sobre la montaña de Kyffhäuser se convirtió en el soporte de todas las tradiciones «progresistas» de la historia alemana; en cambio, el monumento, en tanto encarnación de la interpretación imperialista de la leyenda, se convertía, en el símbolo de las tradiciones «reaccionarias».

En congruencia con todo ello era tratada la historia alemana de los siglos XIX y XX en la segunda exposición instalada en una cámara lateral de la sala central del monumento. Por medio de una exposición museística de objetos dispuestos en superficie, la historia del militarismo alemán hasta la actualidad del año 1970 se representaba como una tradición «reaccionaria», que habría encontrado su continuación en la República Federal de Alemania. En cambio, en la misma sala central del monumento, se instaló una escultura de bronce compuesta por cinco elementos y realizada por el artista de la RDA Martin Wetzel. Ella representaba el punto didáctico más importante de todo el complejo de la exposición sobre la montaña del castillo y debía poner en relación la «vida de los hombres al pie de la montaña de Kyffhäuser desde la Edad Media feudal hasta el presente socialista» con la historia general de Alemania³⁸. Para ello, en la sala circular se instalaron, a la altura de los ojos, cuatro grandes murales alargados que representaban escenas históricas de las épocas del feudalismo, el liberalismo, el imperialismo, la República de Weimar y el nacionalsocialismo. Este ciclo histórico se cerraba con un mural cuadrado, de más del doble de altura, que exponía motivos idealizados de la vida socialista actual de la RDA. Es ahí donde termina el circuito de la historia, que habría dado lugar, «con la ayuda del trabajo optimista de un pueblo entero, a un Estado de la paz», el cual habría liberado a la nación del funesto espíritu de Kyffhäuser³⁹ sobre la base de la «unidad del partido de la clase trabajadora». La imagen histórica transmitida a través del relieve supone la realización de las positivas tradiciones «progresistas» de la historia alemana en el Estado socialista de la RDA, instaurando así, en la montaña de Kyffhäuser, un nuevo mito de redención en lugar del viejo mito prusiano-alemán de la fundación del Imperio, propio de las asociaciones de combatientes.

³⁸ Véase *Manuskript zur Broschüre von 1969*, Landesamt für Denkmalpflege Halle, Bestand Kyffhäuser-Denkmal.

³⁹ Véase «Führungsmanuskript zum Bronzerelief Martin Wetzel» (Horst Müller, 1984), Denkmalverwaltung Kyffhäuser-Denkmal.

RECUERDOS HISTÓRICOS COMPARADOS

Como ya se ha descrito más arriba, el recuerdo histórico siempre es efectivo en tres aspectos: es una reconstrucción del pasado, que sirve de orientación en el presente, a fin de formular una expectativa de futuro. A la luz de estos tres elementos, a continuación se desarrollará la comparación entre los recuerdos en torno al monumento de Kyffhäuser generados por los diferentes agentes colectivos.

RECONSTRUCCIONES DEL PASADO

Si se considera la periodización histórica construida por las asociaciones de combatientes y por la Administración de la RDA, sólo se aprecian escasas diferencias. La Alta Edad Media constituye para ambas la primera época importante, como comienzo de la vinculación de la montaña de Kyffhäuser con la historia nacional de Alemania; vinculación que quedó establecida en virtud de la presencia regional de los emperadores de la Edad Media. En este sentido, el viejo castillo imperial servía como principal punto material de conexión, una construcción cuyas raíces se suponían muy remotas, en la Alta Edad Media. Para ambas, también, el comienzo de la primera Edad Moderna representaba el final de esta época, el cual se anunciaba en los levantamientos campesinos o bien en la Reforma; más allá, ambas describían los siglos posteriores como una fase de transición que finalizaba en el siglo XIX. No obstante, en este punto se separa la periodización: si durante el Imperio se hacía especial hincapié en la época de las guerras de liberación (de la ocupación napoleónica), en tiempos de la RDA se realizaban los tempranos movimientos socialistas del período previo a la Revolución de Marzo (de 1848). El acontecimiento de la fundación del Imperio (1871) era, sin embargo, de nuevo reconocido por ambos grupos como una profunda fractura en sus respectivas periodizaciones, si bien interpretado de modo diametralmente opuesto: para la Administración de la RDA representaba la victoria del militarismo prusiano; para los fundadores del monumento, el cumplimiento de sus esperanzas en un nuevo Imperio.

Si centramos la atención en cada una de las épocas, más que en la propia periodización, se podrán identificar, sobre todo durante el período de transición entre el reino de los Hohenstaufen y el de los Hohenzollern, diferentes estructuras que descansan en distintas intervenciones ideológicas. En el recuerdo histórico de los fundadores del monumento, la función ejemplar de la magnificencia imperial medieval se manifestaba bajo la forma contem-

poránea de la leyenda de «Barbarroja», la cual derivaba el nuevo Imperio directamente de este pasado, negando, con ello, el período que quedaba en medio como históricamente irrelevante.

Para la Administración de la RDA, en cambio, la Edad Media, en tanto «época del feudalismo», era entendida como un jalón necesario en el camino hacia la sociedad socialista. Todas las épocas subsiguientes fueron consideradas bajo el prisma de este mismo esquema y, así, revaluadas funcionalmente. Los levantamientos campesinos, la formación de un «pre-proletariado» y de las primeras formas de sociedad burguesa en la primera Edad Moderna, el aumento de las luchas de clase hasta llegar al manufacturerismo en el siglo XVIII: todos estos acontecimientos conservaron respectivamente su significado dinámico de desarrollo, de acuerdo con la imagen histórica socialista. Mientras a los ojos de los fundadores del monumento el Imperio representaba un punto de inflexión crítico, la RDA veía en ello únicamente una nueva fase en la regularidad del materialismo histórico. Este «despotismo militar» tenía que desembocar en un imperialismo militarista, puesto que su economía exigía aquel paso expansionista. Con una regularidad similar, el imperialismo alcanzaba su cima en el sueño del total dominio mundial propio del fascismo, que finalmente era vencido por el ya desarrollado comunismo de la Unión Soviética. De esta manera se accedía a la oportunidad de un nuevo comienzo propio y libre. Mas, junto a estos diferentes rasgos estructurales del recuerdo histórico respectivo de ambas interpretaciones, se advierten también ciertas similitudes. Aquello que quedó descrito por los fundadores del monumento como «el tiempo de la desunión», tuvo su correspondencia en la «teoría de las dos líneas» de la historiografía de la RDA. Ambas interpretaciones partieron de la idea según la cual determinados potenciales de fuerzas luchaban entre sí para imponer sus respectivos intereses. Las tradiciones «progresistas» tienen, en buena medida, su correspondencia funcional en la idea de la unidad del Imperio; las fuerzas «reaccionarias», en el egoísmo de los estados territoriales, que, a lo largo de los siglos, habían impedido una unidad alemana. Además, la leyenda de «Barbarroja» servía a cada grupo, bajo formas distintas de instrumentalización, para confirmar sus tradiciones positivas y su orientación presente.

ORIENTACIONES PRESENTES

Como consecuencia de su particular reconstrucción del pasado, para los fundadores del monumento la conservación del *statu quo* se mantuvo como el núcleo central de sus necesidades de orientación. Ellos habían alcanzado su meta y levantado un

nuevo Imperio, que restablecía, e incluso superaba, los valores del pasado. Simultáneamente reconocían que esa seguridad parecía estar amenazada por una nueva fuerza en forma del movimiento socialista. De las luchas del pasado ellos habían extraído la conclusión de que, frente a tal riesgo, sólo valía la fuerza militar, que veían realizada a través de la unidad y la fidelidad a su Emperador. Por esta razón erigieron en el castillo el monumento, el cual, como una suerte de nueva fortaleza, debía demostrar su fuerza y su orgullo por la obra consumada. Sin embargo, este acto no sólo estaba dirigido hacia afuera, sino también hacia dentro. Ellos querían demostrarse a sí mismos su propia unidad, que cobraba realidad en la fundación de la Liga de Combatientes de Kyffhäuser, de alcance imperial, y se materializaba, al mismo tiempo, en la construcción del monumento. Por este motivo, desde la perspectiva actual, la celebración del acto inaugural del monumento aparece también como un rito de iniciación; en su desarrollo, como si de un acto de unificación nacional se tratara, toda la montaña, símbolo del Imperio Alemán, fue ocupada por miembros de las asociaciones de combatientes, que agitaban banderas. Por el contrario, la administración de la RDA, en razón de su ideología, consideraba el *statu quo*, únicamente como estadio de tránsito hacia una sociedad sin clases, que, sin embargo, parecía estar aún bastante lejos. Hasta la realización de esta utopía permanecía en primer plano la necesidad de definirse, de cara al pasado, como representantes de un Estado alemán independiente, que había conseguido alcanzar la primera meta de etapa. Según su propia autodefinición, se encontraba en tal momento en una etapa de desarrollo en la que se habían superado el feudalismo, el imperialismo y el fascismo. Por esta razón, de modo parecido a los fundadores del monumento que se consideraban cumplidores de la leyenda de «Barbarroja», la Administración de la RDA se situaba al final de una historia repleta de cambios, en la que las fuerzas progresistas habían luchado contra la «reacción» para, finalmente, tras la victoria de la Unión Soviética sobre el Estado nacionalsocialista, sobrevivir como el único vencedor legítimo. La Administración de la RDA materializó esta victoria en un nuevo lugar de recuerdo, la escultura en relieve de Martin Wetzel, que quedaría instalada como contra-monumento en los cimientos de los restos del viejo orden —el del monumento al emperador Guillermo.

Ahora bien, la RDA era consciente de los costes de esta victoria: reconocía los residuos de la «reacción» en la República Federal de Alemania como segundo Estado alemán, y tenía así que renunciar al deseo inmediato de una unidad nacional. Simultáneamente observaba cómo, en esa parte de la nación, se reorganizaban otra vez las fuerzas que se creían destruidas: la Liga de Kyffhäuser, los nacionalsocialistas y el capitalismo bajo su

nueva forma de economía social de mercado⁴⁰. Por este motivo, la RDA utilizó el monumento del emperador Guillermo como un resto histórico con cuya ayuda cabía ilustrar «las enseñanzas de la historia alemana». Sus representantes organizaron una exposición sobre la historia alemana desde la perspectiva socialista, en la que el monumento casi desaparecía detrás del prepotente papel del militarismo por él simbolizado, y de sus consecuencias. En la segunda exposición sobre la historia del castillo imperial medieval, las ruinas del castillo fueron semánticamente disociadas del monumento, posibilitando así una nueva interpretación de la historia de Kyffhäuser hacia la cual pudiera la RDA orientar su propia identidad histórica.

EXPECTATIVAS DE FUTURO

En línea con su orientación presente, el horizonte de futuro de los fundadores del monumento se dibujaba como el eterno Imperio alemán que debía construirse, sobre un amplio respaldo, a través de la unión de las asociaciones de combatientes. Para ellos, lo principal era el mantenimiento duradero de la meta alcanzada de la unidad nacional. Al mismo tiempo percibieron la situación crítica del Imperio tras 1890 y se prepararon para hacer frente a los cambios. Ello se puede observar claramente en la necesidad de autoprotección, que encontró expresión en el programa iconográfico del grupo de figuras representadas en el monumento. Las figuras alegóricas de la «Historia» y de la «Fuerza Defensiva» testimonian que, como en el pasado, las asociaciones de combatientes querían influir en el curso de los acontecimientos utilizando el poder militar ofensivo.

Para la Administración de la RDA, parece que lo más importante era acrecentar su potencia en la competencia con la República Federal de Alemania como segundo Estado alemán. Por ello, la expectativa de futuro, tal y como lo veían las leyes evolutivas marxistas, era un Estado alemán socialista unido. El pasado, en la forma en la que lo había reconstruido la Administración de la RDA, ofrecía en el monumento garantía de un desarrollo que, de acuerdo con su regularidad, debía ser proseguido en el futuro. Así como después de la Segunda Guerra Mundial, la RDA había nacido de la victoria parcial de las tradiciones alemanas «progresistas», estas tradiciones tenían que imponerse finalmente para toda Alemania. Sin embargo, puesto que las tradiciones alemanas

⁴⁰ Véase nota 22.

«reaccionarias» parecían haber vuelto a cobrar importancia en la República Federal de Alemania, de momento, la montaña de Kyffhäuser y el monumento tenían que actuar con vistas a la consolidación interna, para así sobreponerse a las «amenazas» occidentales. De ahí que el monumento tuviera que adoptar, sobre todo, funciones educativas. El futuro debía traer la solución de la cuestión nacional, tal y como todavía se podía leer hasta la mitad de los años setenta en el mural central de la sala del monumento⁴¹.

Con ello, la idea de la unidad permaneció vinculada tanto con el monumento como con la montaña de Kyffhäuser. Pero ahora, nuevamente, como una esperanza que debía cumplirse en un futuro indeterminado.

LA FUNCIÓN DEL MONUMENTO DE KYFFHÄUSER COMO LUGAR DE RECUERDO

Si se considera ahora más detenidamente el papel del monumento de Kyffhäuser en los recuerdos históricos de ambas comunidades rememorativas, se dejan entrever dos pautas. Durante el Imperio, el monumento se presentaba como un lugar activo de recuerdo, ante el cual se renovaba continuamente su mensaje por parte de sus fundadores a través de formas de recepción rituales, al tiempo que actuaba de forma estabilizadora sobre el grupo. Como semejante lugar de recuerdo se encontraba, según ellos, al final de un largo desarrollo del que, en cierta medida, representaba la clave de bóveda. El lenguaje de sus formas era descifráble inmediatamente para los contemporáneos, y probablemente tampoco necesitaba mediación alguna en forma de explicaciones o exposiciones. Cabe suponer, por tanto, que el monumento poseía, ante todo, un efecto emocional sobre la identidad política de los visitantes, y que la oferta estética era traducida de forma verdaderamente intuitiva por ellos. En cambio, a los ojos de la Administración de la RDA, el monumento representaba un lugar de recuerdo de los «enemigos de clase»; en su recuerdo histórico, no se situaba al final de un desarrollo, sino más bien al principio. Para ella, encarnaba el militarismo prusiano-alemán, que, finalmente, había conducido a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial. Como se hace evidente a través de las exposiciones y de diferentes guías de itinerario

⁴¹ El cuadro contiene la primera estrofa del himno nacional de la RDA, «Resucitados de las ruinas», que termina con los versos «Deutschland einig Vaterland» («Alemania, la única patria»). Estos versos fueron, sin embargo, tapados en 1975, con motivo de la introducción de una nueva doctrina de partido del SED, y sólo en 1990 puestos de nuevo al descubierto.

del museo, descifrar el mensaje del monumento no parece haber constituido un problema fundamental. Al contrario que durante el Imperio, la creación de significado asociado con él ya no era deseada, y el efecto estético del monumento suscitaba rechazo emocional, lo que se muestra paradigmáticamente en las descripciones objetivadas de los elementos iconográficos y arquitectónicos del monumento. En cierta medida, cabe suponer que una parte de los contemporáneos, a causa de sus experiencias personales en la Segunda Guerra Mundial o de su convicción política, buscaban otros puntos de orientación. Pero los órganos estatales socialistas tuvieron que ofrecer, fundamentalmente, una alternativa al mensaje del monumento, puesto que así lo exigía su mandato político. Con este fin, desarrollaron un argumento didáctico, gracias al cual el monumento podía quedar aislado sobre la montaña del castillo. Presentando la historia del castillo como elemento independiente, se podía interpretar de nuevo la leyenda de «Barbarroja», y así tachar la versión utilizada en el siglo XIX de «demagogia» de las asociaciones de combatientes. De este modo, el monumento perdía en buena medida su fuerza simbólica, convirtiéndose en un vestigio histórico entre otros vestigios históricos sobre la montaña del castillo. Se convirtió él mismo en elemento interpretable. Este modo de proceder permitía no sólo interpretar nuevamente las ruinas del castillo que antes permanecían en segundo plano, sino también considerar el monumento con mayor distancia crítica. Ello se llevó a la práctica en la exposición de la cámara lateral de la torre del monumento, merced a la cual ahora el monumento ya no recordaba sólo al Imperio guillermino, sino a todos los acontecimientos ligados al concepto de militarismo de la historia alemana reciente. Su iconografía servía, pues, de complemento ilustrativo.

EN PERSPECTIVA

Después de que la situación histórica volviera a alterarse a raíz de la reunificación alemana de 1990, surgió de nuevo la necesidad de reinterpretar el monumento. La escultura en relieve forjada en bronce, la única instalación construida por la RDA que ha permanecido, se convertía ahora en un resto histórico del tiempo de una Alemania de posguerra dividida, que ilustra un «futuro pasado» nuevamente añadido a la historia nacional alemana. Con motivo del centenario del monumento, en la cámara lateral de la sala del monumento se organizó una exposición realizada por historiadores especializados, que querían situarlo, en el marco de un contexto europeo, junto a los monumentos nacionales de los Estados

vecinos de Alemania⁴². Debía servir así de llamada a la creación de una Europa unida mediante el recuerdo de los pasados extraños de la euforia nacional-estatal. Tampoco la leyenda de «Barbarroja» queda excluida: la posibilidad de interpretación del antiguo emperador como emperador de la paz permanece en el núcleo central de una nueva historia de salvación. La idea de un «Imperio Romano Sacro Germano», consolidada en la Edad Media, debe, por consiguiente, portar «trazos de una idea de una Europa común», puesto que también allí «muchas religiones vivieron unidas, en paz, durante largo tiempo»⁴³. Por esta razón, hoy ya no vuelan los cuervos alrededor de la torre del monumento, sino las estrellas de Europa —como puede verse en el logotipo del aniversario—, y entre los invitados a la fiesta, a un francés (Alfred Grosser) y a una mujer (la anterior presidenta del *Bundestag*, Rita Süßmuth) les fue dado construir significados políticos⁴⁴. El hecho de que también casi al mismo tiempo la Liga de Kyffhäuser, de carácter militar, pudiera celebrar sus festejos en el monumento según la vieja tradición, acredita no sólo la pluralidad de las democracias (post)modernas, sino también, sobre todo, la importancia de los monumentos históricos como símbolos de las identidades políticas.

Traducción: Germán Cano
Revisión: Elisa Chuliá

Johannes Sträter es colaborador científico en el Instituto de Historia de la Universidad del Ruhr. Ha publicado en 1988 una guía sobre museos históricos en el Ruhr, y diversos trabajos sobre comunicación digital.

⁴² Véase Mai, G., *Das Kyffhäuser-Denkmal 1896-1996. Ein nationales Monument im europäischen Kontext*, Colonia/Weimar/Viena, 1997.

⁴³ Discurso de bienvenida del Ministro-Presidente de Turingia, Bernhard Vogel, con motivo del centenario del monumento de Kyffhäuser.

⁴⁴ En la leyenda de «Barbarroja» los cuervos, símbolo de la desunión, rondan la montaña de Kyffhäuser hasta el día en que el emperador de la leyenda se despierte de su sueño y restablezca la unidad.